

LA FORMACION DE NUESTRA PATRIA

POR EL

DR. CARLOS F. MELO

Profesor de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Buenos Aires y ex-presidente de la Universidad Nacional de La Plata.

I

Un grande hombre de genio, que vivió desgraciado y solitario, meditando, en la primera mitad de siglo XVIII, sobre las cosas de la historia, lleno el espíritu de los ecos sagrados de los libros que los hebreos escribieron, y de los símbolos religiosos y jurídicos que los romanos tejieron para velar su historia primitiva, intuyó y mostró, por primera vez, la misteriosa transmutación de los actos egoístas de los hombres en bienes colectivos permanentes.

Los fastos humanos son la demostración viviente del sentido social de toda vida, de la fecundidad nó agotable de todo acto, de la esterilidad de los hombres para el mal y para el error.

Pareciera que las amargas cenizas que deja la guerra — brutal y destructora—, hija, del amor a la violencia o al poder, o del odio ciego, — no pudieran nutrir sino frutos de muerte. Y, sin embargo, ellas se transforman, por misteriosa elaboración en la historia, en savia engendradora de dulces frutos de vida: Las guerras que los egipcios, babilonios, asirios, hittitas, medas, hicieron, dieron al Asia Menor y al Noreste del Africa unidad de civilización, ensanchando el horizontote de los sentimientos y de las ideas; las de los persas y griegos, y las de Alejandro el macedonio, extendieron esa unidad de cultura del Epiro al Indo formando un vasto mundo helénico; las que llevaron los romanos implacables al Africa, al Occidente europeo, a la Grecia y al Asia, edificaron la “pax romana” bajo la cual, en tiempo de Augusto, 100 millo-

nes de hombres vivieron; las invasiones de pueblos bárbaros — apetitos desencadenados sobre el mundo romano — hicieron entrar a masas innumerables en la vida espiritual y en el orden civil; las de los árabes iletrados y fanáticos, propagandista de una religión por el hierro y la sangre, les abrieron el alma a los textos que parecían muertos en que los griegos habían destilado la suave miel dorada de su amable filosofía; y, con ellos, y por su influjo lejano, hicieron *renacer* en la Europa occidental y meridional, la sabiduría antigua, y — acendrados y renovados — el sentido de la vida y el sentimiento de la belleza, forjando una nueva orientación humana.

La mayor parte de las invenciones y descubrimientos han sido un hallazgo feliz en el camino, o el resultado de un error que, perseguía, alucinado, un genio tanteando en las tinieblas; todas, quizá, desde la invención de la pólvora a la de la válvula de seguridad en la máquina de vapor, desde los descubrimientos que realizaron los portugueses buscando el Nilo Atlántico y la falsa India, a la que realizó Colón buscando entre el tenebroso mar de Occidente las aureas ciudades del Asia que Marco Polo describiera.

II

Los que en la segunda mitad del siglo XVI conocieron, por experiencia, o por fama, las obras de dolor y de destrucción, de aquellas dos almas poderosas, y duras, prontas a todas las audacias: la del pirata negrero John Hawkins, y la de Francisco Drake, el Dragón de los mares, no pudieron sospechar, que, entre las ruinas que esos dos hombres produjeron, habían dejado también, sin saberlo, gérmenes de la futura libertad de comercio y de la futura libertad política de un mundo.

Sir Home Popham, descendiente espiritual, quizá mas astuto, pero seguramente mucho menos esforzado, de aquellos reyes del océano, vino a su hora, traído por el misterioso destino, en empresa rapaz, a esta tierra nuestra, a concluir la obra, pues de su sangrienta aventura de 1806, prolongada en 1807, nació, un pueblo a la vida propia, llegó a la conciencia de sí un nuevo ser colectivo.

III

En la sociedad vasta y complicada que es cada hombre, como en los seres colectivos, que los hombres forman por agregación natural, la personalidad aparece como el término, como el resultado, de una larga, gradual, labor vital silenciosa y profunda.

Todo el trabajo interior de los elementos orgánicos concluye por formar un acorde vital, que se traduce, en la subconsciencia, como el suave murmullo de una armoniosa corriente que discurre en lo hondo de cada uno de nosotros. Sobre ese acorde apagado de la vida, adhieren, ordenándose en series, las sensaciones de los sentidos especiales; y, principal e íntimamente, las del sentido muscular; hasta construir una síntesis viva, que recibe, como tal, el estímulo ambiente, que obra, como tal, sobre las cosas, que se siente solidaria, una, consciente de sí y de su poder sobre el mundo exterior.

Es ese también el proceso de formación de la personalidad social en los agregados humanos naturales. — La vida orgánica, vá, poco a poco, ordenándose y acordándose hasta formar una unidad. — La symbiosis se traduce, del punto de vista psíquico en obscura solidaridad—, en simpatía espontánea entre los elementos humanos extendidos por un territorio, que reciben del ambiente los mismos materiales de renovación interior. Los estímulos comunes del medio, se agregan, como sensaciones y como imágenes, al contenido vital; y los esfuerzos comunes, para obtener los materiales de conservación, locales, primero, van, precisándose, generalizándose y concluyen por formar un sistema espontáneo — que un día, por una acción violenta del mundo exterior que lo conmueve todo, se siente plenamente uno, adopta reglas de acción — y las ejecuta; es, en suma, una persona más entre los agregados humanos y un nuevo sujeto de acciones en la historia.

IV

La vida vegetativa de las colonias de ésta parte del Río de la Plata, estaba, yá, a principios del siglo XIX, condensada en unidad orgánica, con Buenos Aires, como núcleo central.

Surge así de los documentos de la época, y de la reconstrucción intentada por los que sobre ellos escribieron.

Y se vé, que, el exceso de vida nutritiva, se traducía en movimientos expresivos de la energía acumulada: “aquí, escribe Mariano Moreno, en sus memorias de la primera invasión inglesa, se calcula, se comprende, se aventuran expediciones: no hay puerto mercante en el mundo que no conozca nuestros frutos y nuestra bandera”.

La unidad orgánica tendía oscuramente a la concentración superior en una individualidad psíquica completa, es decir a la personalidad.

Ésta se adquirió, sobre todo, por el esfuerzo común en 1806 y 1807. Los ingleses, representaban otra raza, otro idioma; y la ciudad de Buenos Aires, núcleo de 45.000 habitantes entonces, restableció, sobre la unidad orgánica de los pueblos de ésta parte del Virreynato, su unidad psíquica conmovida por la primera invasión llevándola a su integración completa. El Sr. General Mitre ha contado, sobre los documentos, con palabra vivaz, el empuje irresistible con que el vecindario, todo de la capital, se precipitó sobre la fortaleza el día 12 de Agosto, el orgullo del pueblo, después del triunfo; la revolución popular del 14 de Agosto que obligó al Cabildo Abierto a quitar al Virrey Sobremonte el mando de las armas; la del 10 de Febrero de 1807 hecha por todos los vecinos sin distinción de clases, “una verdadera democracia militar”, en la cual se destacaba, como mayoría, la población nativa “poseída de un noble delirio”; y el movimiento extraordinario que cobró desde entonces la vida pública de la ciudad.

Y me refiero a él, salvando los detalles que han sido rectificadas, su labor general de reconstrucción histórica, ha permanecido como un severo monumento de firmes cimientos y de sabia arquitectura.

V

Cuando se pasa directamente de los acontecimientos de 1806 y 1807 a los movimientos populares de la semana de mayo de 1810, no hay en estos, nada que sorprenda. Éstos y el acto de 31 de Enero de 1813 por el cual la Asamblea General Constituyente decretó, que, en ella residía la representación y ejercicio de la Soberanía de las Provincias Unidas del Río de la Plata, son consecuencia de aquellos, como lo es el de 9 de Julio de 1816, en el que “los representantes de las Provincias Unidas en Sud América reunidos en Congreso, invocando al Eterno que preside al Universo proclamaron ante las naciones y hombres todos del globo la voluntad unánime de los pueblos de estas provincias de investirse del alto carácter de una Nación libre e independiente”.

No puede por eso, sorprender, tampoco, al filósofo de la historia, que esa declaración solemne se produjera como una reacción del espíritu colectivo contra circunstancias aparentemente extremas; que ella fuese ratificada por todos los pueblos; y que seis meses después, saliera de los valles de Cuyo, nuestro ejército libertador a realizar la cruzada definitiva trepando las ásperas cimas y llevando nuestra bandera emancipadora hasta las cálidas zonas.

¡Cuando hoy recordamos esos acontecimientos, a nuestros ojos, tranquilos ya, renacen las muertas formas, que entonces se movieron, animadas por el fuego de la vida; las vemos, a lo lejos, a todas trabajando en la misma obra, que había sido comenzada siglos antes, que había de continuarse después, y en la que todos no eran, no fueron, sinó actores de un día. No estuvo, no podía estar en manos del ingenioso y audaz aventurero Sir Home Popham, ni en las de Barresford, ni en las de Grawford, ni en las de Achmuty, ni en las de Gower, ni en las de todos los soldados ingleses precipitados sobre el Plata, ni en las de la diplomacia de lord Strangford, ni en las del fuerte y tenaz imperio que asienta su núcleo esencial, en aquella isla altiva que deslumbró a los romanos con el blanco reflejo de sus costas, torcer el curso de la historia. La sirvieron, creyendo servirse a sí mismos.

Despertado por el choque de las duras armas inglesas, a experimentar la vida por cuenta propia, el enjambre humano que sobre éstas playas vivía, se puso, en marcha, con un nombre, tomado de su río, levantado en las alas sonoras de su Himno de triunfo; y repudiando reyes, y aboliendo desigualdades sociales, y rompiendo ligaduras espirituales y ligaduras políticas y curando enfermedades colectivas congénitas o adquiridas, parece haber llegado a ser una sólida fábrica viviente susceptible de alcanzar en su estructura y en su forma la ordenación más armoniosa y más *synérgica*.

Contemplemos, interiormente, en silencioso recogimiento este gran sér social del que somos elementos solidarios, sensibles y activos; y formulemos un voto, con todas las fuerzas del alma, por que nuestra patria llegue a ser arquetipo de vida espiritual; entregándole nuestro amor, nuestro esfuerzo y nuestros más altos pensamientos.